

dentes á todos los hombres. Bástame, para darles ese nombre, que estén admitidos en el comun del vulgo, ó tengan entre los literatos más que ordinario séquito. Esto se debe entender con la reserva de no introducirme jamas á juez en aquellas cuestiones que se ventilan entre varias escuelas, especialmente en materias teológicas; porque, ¿qué puedo yo adelantar en asuntos que con tanta reflexion meditaron tantos hombres insignes? O ¿quién soy yo para presumir capaces mis fuerzas de aquellas lides donde batallan tantos gigantes? En las materias de rigurosa fisica no debe detenerme este reparo, porque son muy pocas las que se fratan (y esas con poca ó ninguna reflexion) en otras escuelas.

Harásme tambien cargo porque, habiendo de tocar muchas cosas facultativas, escribo en el idioma castellano. Bastariame por respuesta el que para escribir en el idioma nativo no se ha menester más razon que no tener alguna para hacer lo contrario. No niego que hay verdades que deben ocultarse al vulgo, cuya flaqueza más pelagra tal vez en la noticia que en la ignorancia; pero esas, ni en latin deben salir al público, pues harto vulgo hay entre los que entienden este idioma: fácilmente pasan de estos á los que no saben más que el castellano.

Tan léjos voy de comunicar especies perniciosas al público, que mi designio en esta obra es desengañarle de muchas que, por estar admitidas como verdaderas, le son perjudiciales; y no sería razon, cuando puede ser universal el provecho, que no alcanzase á todos el desengaño.

No por eso pienses que estoy muy asegurado de la utilidad de la obra. Aunque mi intento sólo es proponer la verdad, posible es que en algunos asuntos me falte penetracion para conocerla, y en los más fuerza para persuadirla. Lo que puedo asegurarte es, que nada escribo que no sea conforme á lo que siento. Proponer y probar opiniones singulares, sólo por ostentar ingenio, téngolo por prurito pueril, y falsedad indigna de todo hombre de bien. En una conversacion se puede tolerar por pasatiempo; en un escrito es engañar al público. La grandeza del discurso está en penetrar y persuadir las verdades; la habilidad más baja del ingenio es enredar á otros con sofisterias. Las arañas, que áun entre los brutos son viles, fabrican telas delicadas, pero sutiles; sutiles y firmes, áun entre los hombres, no las hacen sino los artifices excelentes. En aquellas se figuran los discursos agudos, pero sofisticos; en estas los ingeniosos y sólidos.

No siempre los errores comunes, que impugno, ocupan todo el discurso donde se tratan. A veces son comprendidos muchos en un mismo discurso, ó porque pertenecen derechamente á la materia de él, ó porque se hallaron al paso, y como por incidencia, siguiendo el asunto principal. Este método me pareció más oportuno; porque, de hacer discurso aparte para cada opinion que impugno, habiendo en unas mucho que decir, y en otras poco, resultaria un todo compuesto de partes extremadamente desiguales.

Estoy esperando muchas impugnaciones, especialmente sobre dos ó tres discursos de este libro; y áun algunos me previenen que cargarán sobre mí injurias y dicterios. En ese caso me aseguraré más de la verdad de lo que escribo; pues es cierto que desconfia de sus fuerzas quien contra mí se aprovecha de armas vedadas. Si me opusieren razones, responderé á ellas; si chocarrieras y dicterios, desde luego me doy por concluido, porque en ese género de disputa jamas me he ejercitado. *Vale.*

DISCURSOS.

VOZ DEL PUEBLO.

Aquella mal entendida máxima, de que Dios se explica en la voz del pueblo, autorizó la plebe para tirar el buen juicio, y erigió en ella una potestad tribunicia, capaz de oprimir la nobleza literaria. Es este un error, de donde nacen infinitos; porque asentada la conclusion de que la multitud sea regla de la verdad, todos los desaciertos de el vulgo se veneran como inspiraciones de el cielo. Esta consideracion me mueve á combatir el primero este error, haciéndome la cuenta de que venzo muchos enemigos en uno solo, ó á lo ménos, de que será más fácil expugnar los demas errores, quitándoles primero el patrocinio que les da la voz comun en la estimacion de los hombres ménos cautos.

§ I.

Estimes judicia, non numeres, decia Séneca (1). El valor de las opiniones se ha de computar por el peso, no por el número de las almas. Los ignorantes, por ser muchos, no dejan de ser ignorantes. ¿Qué acierto, pues, se puede esperar de sus resoluciones? Antes es de creer que la multitud añadirá estorbos á la verdad, creciendo los sufragios al error. Si fué supersticion extravagante de los Molosos, pueblos antiguos de Epiro, constituir el tronco de una encina por órgano de Apolo, no lo sería ménos conceder esta prerogativa á toda la selva Dodonea. Y si de una piedra, sin que el artífice la pula, no puede resultar la imagen de Minerva, la misma imposibilidad quedará en pié, aunque se junten todos los peñascos de la montaña. Siempre alcanzará más un discreto solo, que una gran turba de necios; como verá mejor al sol una águila sola, que un ejército de lechuzas.

Preguntado alguna vez el papa Juan XXIII qué cosa era la que distaba más de la verdad, respondió que el dictámen del vulgo. Tan persuadido estaba á lo mismo el severísimo Focion, que, orando una vez en Atenas, como viese que todo el pueblo, de comun consentimiento, levantaba la voz en su aplauso, preguntó á los amigos que tenia cerca de sí, que en qué habia errado; pareciéndole que en la ceguera de el pueblo no cabia aplaudir sino los desaciertos. No apruebo sentencias tan rigorosas, ni puedo considerar al pueblo como antípoda preciso de el hemisferio de la verdad. Algunas veces acierta; pero es por ajena luz, ó por casualidad.

(1) Epistola 50.

No me acuerdo qué sabio compara el vulgo á la luna, á razon de su inconstancia. Tambien tenia lugar la comparacion, porque jamas resplandee con luz propia: *Non consilium in vulgo, non ratio, non discrimen, non diligentia*, decia Tulio (2). No hay dentro de este vasto cuerpo luz nativa con que pueda discernir lo verdadero de lo falso. Toda ha de ser prestada, y áun esa se queda en la superficie; porque su opacidad hace impenetrable á los rayos el fondo.

Es el pueblo un instrumento de varias voces, que si no por un rarísimo acaso, jamas se pondrán por sí mismas en el debido tono, hasta que alguna mano sábia las temple. Fué sueño de Epicuro pensar que infinitos átomos, vagueando libremente por el aire al impetu del acaso, sin el gobierno de alguna mente, pudiesen formar este admirable sistema del orbe. Pedro Gasendo y los demas reformadores modernos de Epicuro añadieron á ese confuso vulgo el régimen de la suprema inteligencia. Y áun supuesto ese, no se puede entender cómo, sin formas que pulan la rudeza de la materia, produzca la tierra la más humilde planta. Poco se distingue el vulgo de los hombres de el vulgo de los átomos. De la concurrencia casual de sus dictámenes, apénas podrá resultar jamas una ordenada série de verdades fijas. Será menester que la suprema inteligencia sea intendente de la obra; pero ¿cómo lo hace? usando, como de subalternos suyos, de hombres sabios, que son las formas que disponen y organizan esos materiales entes.

Los que dan tanta autoridad á la voz comun, no prevenen una peligrosa consecuencia, que está muy vecina á su dictámen. Si á la pluralidad de voces se hubiese de fiar la decision de las verdades, la sana doctrina se habia de buscar en el alcoran de Mahoma, no en el evangelio de Cristo. No los decretos de el Papa, sino los de el mustí habrian de arreglar las costumbres; siendo cierto que más votos tiene á su favor en el mundo el alcoran que el evangelio. Yo estoy tan léjos de pensar que el mayor número deba captar el asenso, que ántes pienso se debe tomar el rumbo contrario; porque la naturaleza de las cosas lleva que en el mundo ocupe mucho mayor país el error que la verdad. El vulgo de los hombres, como la ínfima y más humilde porcion de el orbe racional, se parece al elemento de la tierra, en cuyos senos se produce poco oro, pero muchísimo hierro.

(2) Orat. pro Plano.

§ II.

Quien consideráre que para la verdad no hay más que una senda, y para el error infinitas, no extrañará que caminando los hombres con tan escasa luz, se descaminen los más. Los conceptos que el entendimiento forma de las cosas, son como las figuras cuadriláteras, que sólo de un modo pueden ser regulares; pero de innumerables modos pueden ser irregulares, ó trapecias, como las llaman los matemáticos. Cada cuerpo en su especie, sólo por una medida puede salir rectamente organizado; pero por otras infinitas puede salir monstruoso. Sólo de un modo se puede acertar; errar de infinitos. Aun en el cielo no hay más que dos puntos fijos para dirigir los navegantes. Todo lo demas es voluble. Otros dos puntos fijos hay en la esfera del entendimiento: la revelacion y la demostracion. Todo el resto está lleno de opiniones, que van volteando y sucediéndose unas á otras, segun el capricho de inteligencias motrices inferiores. Quien no observáre diligente aquellos dos puntos, ó uno de ellos, segun el hemisferio por donde navega, esto es, el primero en el hemisferio de la gracia, el segundo en el hemisferio de la naturaleza, jamas llegará al puerto de la verdad. Pero así como en muy pocas partes de el globo terráqueo miran derechamente las agujas magnéticas á uno ni á otro polo, sí que las más declinan de él, ya más, ya ménos grados; ni más ni ménos en muy pocas partes de el mundo atina el entendimiento humano con uno ni otro polo de su gobierno. Al polo de la revelacion sólo se mira derechamente en dos partes pequeñas: una de la Europa, otra de la América. En todas las demas se inclina, ya más, ya ménos grados. En los países de los herejes ya tuerce bastante la aguja; más aún en los de los mahometanos; muchísimo más en los de los idólatras. El polo de la demostracion sólo tiene inspectores en el corto pueblo de los matemáticos, y aún ahí se padecen á veces algunas declinaciones.

Pero ¿que es menester girar el mundo para hallar en varias regiones la sentencia de el comun divorciada con la verdad? Aun en aquel pueblo, que se llamó pueblo de Dios, tan léjos estuvieron muchas veces de ser una misma la voz de Dios y la de el pueblo, que ni aún consonancia tuvieron entre sí. Tan presto se ponía la voz de el pueblo en armonía con la divina, tan presto se desviaba á la mayor disonancia. Propónele Moisés las leyes que Dios le habia dado, y todo el pueblo responde á una voz: Cuanto Dios ha dicho ejecutaremos: *Responditque omnis populus una voce: Omnia verba Domini, quæ locutus est, faciemus* (1). ¡Oh qué consonancia tan hermosa de una voz con otra! Apártase el maestro de capilla Moisés, que ponía en tono la voz del pueblo, y al instante el pueblo mismo congregado, despues de obligar á Aaron á que le fabricase dos ídolos, levanta la voz diciendo, que aquellos son verdaderos dioses, á quienes deben su libertad: *Dixeruntque: hi sunt dii tui, Israel, qui te educerunt de terra Ægypti*. ¡Oh qué disonancia tan horrible!

Así sucedió otras muchas veces. Pero el caso en que

(1) Exodo, 24.

pidieron rey á Samuel tiene algo de particular. La voz de Dios, por el órgano de el profeta, los disuadía de la eleccion de Rey. Pero ¡qué distante estaba la voz de el pueblo de ponerse en consonancia con el órgano de Dios! Instan una y otra vez que se les dé rey; y ¿en qué se fundan? en que las demas naciones le tienen: *Erimus nos quoque sicut omnes gentes*. Aquí se notan dos cosas: la una, que siendo voz de todo el pueblo, fué errada; la otra, que no la eximió de error el ir calificada con la autoridad de todos los demas pueblos: *Erimus nos quoque sicut omnes gentes*. La voz del pueblo de Israel se puso en consonancia con las voces de todos los demas pueblos, y la consonancia con las voces de todos los demas pueblos la hizo disonante de la voz divina. Andaos ahora á gobernaros por voces comunes, sobre el fundamento de que la voz del pueblo es voz de Dios.

§ III.

En una materia determinada creí yo algun tiempo que la voz de el pueblo era infalible; conviene á saber: en la aprobacion ó reprobacion de los sugetos. Parecíame que aquel que todo el pueblo tiene por bueno, ciertamente es bueno; el que todos tienen por sabio, ciertamente es sabio, y al contrario. Pero haciendo más reflexion, hallé que tambien en esta materia claudica algunas veces la sentencia popular. Estando una vez Focion reprendiendo con alguna aspereza al pueblo de Aténas, su enemigo Demóstenes le dijo: «Mira que te matará el pueblo si empieza á enloquecer.—Y á tí te matará, respondió Focion, si empieza á tener juicio.» Sentencia con que declaró su mente, de que nunca hace el pueblo concepto sano en la calificacion de sugetos. El hado infeliz de el mismo Focion comprobó en parte su sentir, pues vino á morir por el furioso pueblo de Aténas, como delincuente contra la patria, siendo el hombre mejor que en aquel tiempo tenia Grecia.

Ser reputado un ignorante por sabio, ó un sabio por loco, no es cosa que no haya sucedido en algunos pueblos. Y en órden á esto, es gracioso el suceso de los abderitas con su compatriota Demócrito. Este filósofo, despues de una larga meditacion sobre las vanidades y ridiculeces de los hombres, dió en el extremo de reirse siempre que cualquiera suceso le traía este asunto á la memoria. Viendo esto los abderitas, que ántes le tenían por sapientísimo, no dudaban en que se habia vuelto loco. Y á Hipócrates, que florecia en aquel tiempo, escribieron, pidiéndole encarecidamente que fuese á curarle. Sospechó el buen viejo lo que era: que la enfermedad no estaba en Demócrito, sino en el pueblo, el cual, á fuer de muy necio, juzgaba en el filósofo locura lo que era una excelente sabiduría. Así le escribe á su amigo Dionisio, dándole noticia de este llamamiento de los abderitas, y relacion que le habian hecho de la locura de Demócrito: *Ego verò neque morbum ipsum esse puto, sed immodicam doctrinam, quæ revera non est immodica, sed ab idiotis putatur*. Y escribiendo á Filopemenes, dice: *Cum non insaniam, sed quandam excellentem mentis sanitatem vir ille declaret*. Fué, en fin, Hipócrates á ver á Demócrito, y en una larga conferencia que tuvo con él, halló el fundamento de su

risa en una moralidad discreta y sólida, de que quedó convencido y admirado. Da puntual noticia Hipócrates de esta conferencia en carta escrita á Damageto, donde se leen estos elogios de Demócrito. Entre otras cosas le dice: «Mi conjetura, Damageto, salió cierta. No está loco Demócrito; ántes es el hombre más sabio que he visto. A mí con su conversacion me hizo más sabio, y por mí á todos los demas hombres: *Hoc erat illud, Damagete, quod conjectabamus. Non insanit Democritus, sed super omnia sapit, et nos sapientiores effecit, et per nos, omnes homines*.

Hállanse estas cartas en las obras de Hipócrates, dignísimas, cierto, de ser leídas, especialmente la de Damageto. Y de ellas se colige, no sólo cuánto puede errar el pueblo entero en el concepto que hace de algun individuo, mas tambien la ninguna razon con que tantos autores pintan á Demócrito como un hombre ridículo y semifatuo, pues nadie le disputa el juicio y la sabiduría á Hipócrates; y este, habiéndole tratado muy despacio, da testimonio tan opuesto, que, por su dicho, venía á ser Demócrito el hombre más sabio y cuerdo de el mundo. Otra carta se halla de Hipócrates á Demócrito, donde le reconoce por el mayor filósofo natural del orbe: *Optimum naturæ, ac mundi interpretem te judicavi*. Era entónces Hipócrates bastantemente anciano, pues en la misma carta lo dice: *Ego enim ad finem medicinæ non perveni, etiamsi jam senex sim*; y por tanto, capacísimo de hacer recto juicio de la doctrina de Demócrito. Lo que, á mi parecer, hace verisímil la acusacion que algunos autores oponen á Aristóteles, de que no expuso fielmente las opiniones de este y otros filósofos que le precedieron, á fin de establecer en el mundo la monarquía de su doctrina, desacreditando todas las demas, y haciendo, dice el gran Bacon de Verulamio, con los demas filósofos lo que hacen los emperadores otomanos, que para reinar seguros matan á todos sus hermanos. Pero volvamos á nuestro propósito (1).

§ IV.

En cuanto á la virtud y el vicio, tomando uno por otro en sugetos determinados, fueron tantos los errores de los pueblos, que se tropieza con ellos á cada paso en las historias. No hay más que ver, que los mayores embusteros del mundo pasaron por depositarios de los secretos de el cielo. Numa Pompilio introdujo en los romanos la policia y la religion que quiso, á favor de la ficcion de que la ninfa Egeria le dictaba todo cuanto él proponía. Debajo de las banderas de Sertorio militaron ciegos los españoles contra los romanos, por haberle creído que en una cierva blanca, que habia criado á su modo y de quien con astucia se servía, ostentando que sabía por ella todas las noticias que por vias ocultas se le administraban, le hablaba la deidad de Diana. Mahoma persuadió á una gran parte de la Asia que el arcángel San Gabriel era nuncio que habia deputado para él la corte celestial, debajo de la figura de una paloma, á quien habia enseñado á arrimarle el pico á la oreja.

(1) En la Apología de algunos personajes notables en la historia, notamos que muchos críticos se inclinan á que las cartas de Hipócrates á Demócrito son supuestas.

Los más de los heresiarcas, aunque manchados de vicios bastantemente descubiertos, fueron reputados en varios pueblos como archivos venerables de los misterios divinos.

Dentro de el mismo seno de la Iglesia romana se produjeron semejantes monstruosidades. Tanquellino, hombre flagiciosísimo, dado descubiertamente á toda torpeza, en el siglo undécimo fué venerado de todo el pueblo de Ambéres por santo; en tanto grado, que guardaban como reliquia el agua en que se lavaba. La república florentina, que nunca pasó por pueblo rudo, respetó muchos años, como hombre santo y dotado de espíritu profético, á fray Jerónimo de Savonarola, hombre de prodigiosa facundia y aún mayor sagacidad, que les hizo creer que eran revelaciones sus conjeturas políticas y los avisos ocultos que tenia de la corte de Francia, sin embargo de que muchas de sus predicciones salieron falsas, como la de la segunda venida de Carlos VIII á Italia, de la mejoría de Juan Pico de la Mirándula en la enfermedad de que dos días despues murió, y otras. Ni haberle quemado en la plaza pública de Florencia bastó para desengañar á todos de sus imposturas, pues no sólo los herejes le veneran como un hombre celestial y precursor de Lutero, por sus vehementes declamaciones contra la corte de Roma, mas aún algunos católicos hicieron su panegírico, entre los cuales sobresalió Marco Antonio Flaminio, con este hermoso, aunque falso, epigrama:

*Dum fera flamma tuos, Hieronime, pascitur artus
Religio sacras dilaniata comas
Flevit, et Oh, dixit, crudeliter parcite flammæ.
Parcite, sunt isto viscera nostra rogo.*

Lo que ha habido en esta materia más monstruoso es, que algunas iglesias particulares celebraron y dieron culto como á santos á hombres perversos, ó que murieron separados de la comunión de la Iglesia romana. La iglesia de Limoges celebró solemnemente mucho tiempo con rezo propio, que aún hoy existe en el Breviario antiguo de aquella iglesia, á Eusebio Cesariense, que vivió y murió en la herejía arriana, por equivocacion, á lo que se puede discurrir, que hubo al principio, de Eusebio, obispo de Cesarea en Capadocia, sucesor de san Basilio, con Eusebio, obispo de Cesarea en Palestina, de quien hablamos. Bien sé que uno ú otro autor dicen que Eusebio se redujo en el concilio Niceno á la creencia católica, y fué despues constante en ella; pero contra tantos testimonios en contrario y contra sus mismos escritos, que, al parecer, carece su defensa de toda probabilidad. La iglesia de Turon veneró á un ladron como mártir, y le tenia erigido altar, que destruyó, sacando de su error al pueblo, san Martín, como afirma Sulpicio Severo, en su *Vida*.

§ V.

Para desconfiar de el todo de la voz popular no hay sino hacer reflexion sobre los extravagantísimos errores, que en materia de religion, policia y costumbres se vieron y se ven autorizados con el comun consentimiento de varios pueblos. Ciceron decia que no hay

disparate alguno tan absurdo, que no le haya afirmado algun filósofo: *Nihil tam absurdum dici potest, quod non dicatur ab aliquo filosoforum* (1). Con más razon diré yo que no hay desatino alguno tan monstruoso que no esté patrocinado de el consentimiento uniforme de algun pueblo.

Cuanto la luz de la razon natural representa abominable, ya en esta, ya en aquella region, pasó y aun pasa por lícito. La mentira, el perjurio, el adulterio, el homicidio, el robo; en fin, todos los vicios lograron ó logran la general aprobacion de algunas naciones. Entre los antiguos germanos el robo hacia al usurpador legítimo dueño de lo que hurtaba. Los herulos, pueblo antiguo poco distante del mar Báltico, aunque su situacion no se sabe á punto fijo, mataban todos los enfermos y viejos, ni permitian á las mujeres sobrevivir á sus maridos. Más bárbaros aun los caspianos, pueblos de la Scitia, encarcelaban y hacian morir de hambre á sus propios padres cuando llegaban á edad avanzada. ¿Qué deformidades no ejecutarían unos pueblos de Etiopia, que, segun Eliano, tenían por rey á un perro, siendo este bruto, con sus gestos y movimientos, regla de todas sus acciones? Fuera de la Etiopia, señala Plinio los toembaros, que obedecian al mismo dueño.

Ni está mejorado en estos tiempos el corazon de el mundo. Son muchas las regiones donde se alimentan de carne humana, y andan á caza de hombres como de fieras. En el palacio de el rey de Macoco, dueño de una grande porcion de la Africa, junto á Congo, se matan diariamente, á lo que afirma Tomas Cornelio, doscientos hombres, entre delinquentes y esclavos de tributo, para plato de el rey y de sus domésticos, que son muchísimos. Los yagos, pueblos de el reino de Ansico, en la misma Africa, no solo se alimentan de los prisioneros que hacen en la guerra, mas tambien de los que entre ellos mueren naturalmente; de modo que en aquella nacion los muertos no tienen otro sepulcro que el estómago de los vivos. Todo el mundo sabe que en muchas partes de el Oriente hay la bárbara costumbre de quemarse vivas las mujeres cuando mueren los maridos; y aunque esta no es absoluta necesidad, rarísima ó ninguna deja de ejecutarlo, porque queda despues infame, despreciada y aborrecida de todos. Entre los cafres todos los parientes de el que muere tienen la obligacion de cortarse el dedo pequeño de la mano izquierda, y echarle en el sepulcro de el difunto.

¿Qué diré de las licencias que tiene la torpeza en varias naciones? En Malabar pueden las mujeres casarse con cuantos maridos quisieren. En la isla de Ceilan, en casándose la mujer, es común á todos los hermanos del marido, y pueden los dos consortes divorciarse cuando quieran, para contraer nueva alianza. En el reino de Calicut todas las nuevas esposas, sin excepcion de la misma Reina, antes de permitirse al uso de sus maridos, son entregadas á la lascivia de alguno de sus bracones ó sacerdotes. En la Mingrelia, provincia de la Georgia, donde son cristianos cismáticos con mezcla de varios errores, el adulterio pasa por accion indiferente; y así, rarísima persona hay, ni de uno ni de otro sexo, que

(1) Libro II de *divinat.*

guarde fidelidad á su consorte; bien es verdad que el marido, en el caso de sorprender á la mujer en adulterio, tiene derecho para hacer pagar al adúltero un cochino, que es muy buena satisfaccion, y suele ser convidado á comer de él el mismo reo.

§ VI.

Sería cosa inmensa si me pusiese á referir las extravagantisimas supersticiones de varios pueblos. Los antiguos gentiles, ya se sabe que adoraron los más despreciables y viles brutos. Fué deidad de una nacion la cabra, de otra la tortuga, de otra el escarabajo, de otra la mosca. Aun los romanos, que pasaron por la gente mas hábil del orbe, fueron extremadamente ridículos en la religion, como san Agustin, en varias partes de sus libros de la *Ciudad de Dios*, les echa en rostro; en que lo más especial fué aquella innumerable multitud de dioses que introdujeron, pues sólo para cuidar de las mieses y granos, tenían repartidos entre doce deidades doce oficios diferentes. Para guardar la puerta de la casa habia tres: el dios Lorculo cuidaba de la tabla, la diosa Cardea cuidaba del quicio, y el dios Limentino del umbral; en que con gracejo los redarguye san Agustin de que, teniendo cualquiera por bastante un hombre sólo para portero, no pudiendo un dios sólo hacer lo que hace un hombre sólo, pusiesen tres en aquel ministerio. Plinio, que va por el extremo opuesto de negar toda deidad, ó por lo ménos de dudar de la deidad y negar la providencia, hace la cuenta de que era, segun la supersticiosa creencia de los romanos, mayor el número de las deidades que el de los hombres: *Quam ob rem major caelium populus, etiam quam hominum intelligi potest* (2). El cómputo es fijo; porque cada uno se formaba una deidad singular en su propio genio, y sobre eso adoraba todos los dioses comunes; cuya multitud se puede colegir, no sólo de lo que acaba de decirnos san Agustin, mas tambien de lo que dice el mismo Plinio, que llegaron á erigirse templos y aras á las mismas dolencias é incomodidades, que padecen los hombres: *Morbis etiam in genera descriptis, et multis etiam pestibus, dum esse placatas trepido metu cupimus*. Y es cierto, que la Fiebre tenia un templo en Roma, y otro la mala Fortuna.

Los idólatras modernos no son ménos ciegos que los antiguos. El demonio, con nombre de tal, es adorado de muchas naciones. En Pegú, reino oriental de la península de la India, aunque reverencian á Dios como autor de todo bien, más cultos dan al demonio, á quien con una especie de maniqueismo creen autor de todo mal. En la embajada que hizo á la China el difunto czar de Moscovia, habiendo encontrado los de la comitiva en el camino á un sacerdote idólatra orando, le preguntaron, á quién adoraba, á lo que él respondió en tono muy magistral: «Yo adoro á un dios, al cual el Dios que vosotros ahorais arrojó de el cielo; pero, pasado algun tiempo, mi dios ha de precipitar de el cielo al vuestro, y entónces se verán grandes mudanzas en los hijos de los hombres.» Alguna noticia deben de tener en aquella

(2) Libro I, capítulo VI.

§ VII.

¿Qué diré de los disparates históricos que en muchas naciones se veneran como tradiciones irrefragables? Los arcades juzgaban su origen anterior á la creacion de la luna. Los del Perú tenían á sus reyes por legítimos descendientes de el sol. Los árabes creen como artículo de fe la existencia de un ave que llaman *Anca Megareb*, de tan portentoso tamaño, que sus huevos igualan la mole de los montes, la cual, despues que por cierto insulto, la maldijo su profeta Handala, vive retirada en una isla inaccesible. No tiene ménos asentado su crédito entre los turcos un héroe imaginario, llamado *Chederles*, que dicen fué capitán de Alejandro; y habiéndose hecho inmortal, como tambien su caballo, con la bebida de la agua de cierto rio, anda hasta hoy discurriendo por el mundo, y asistiendo á los soldados que le invocan; siendo tanta la satisfaccion con que aseguran estos sueños, que cerca de una mezuquita destinada á su culto muestran los sepulcros de un sobrino y un criado de este caballero andante, por cuya intercesion, añaden, se hacen en aquel sitio continuos milagros.

En fin, si se registra país por país, todo el mapa intelectual de el orbe, exceptuando las tierras donde es adorado el nombre de Cristo, en el resto de tan dilatada tabla no se hallarán sino borrones. Todo país es Africa, para engendrar monstruos. Toda provincia es Iberia, para producir venenos. En todas partes, como en Licia, se fingen quimeras. Cuantas naciones carecen de la luz de el Evangelio, están cubiertas de tan espesas sombras, como en otro tiempo Egipto. No hay pueblo alguno que no tenga mucho de bárbaro. ¿Qué se sigue de aquí? que la voz de el pueblo está enteramente desnuda de autoridad, pues tan frecuentemente la vemos puesta de parte de el error. Cada uno tiene por infalible la sentencia que reina en su patria; y esto sobre el principio, que todos lo dicen y sienten así. ¿Quiénes son esos todos? Todos los de el mundo? No; porque en otras regiones se siente y dice lo contrario. Pues ¿no es tan pueblo uno como otro? ¿Por qué ha de estar mas vinculada la verdad á la voz de este pueblo que á la de el otro? ¿No más que porque este es pueblo mio, y el otro ajeno? Es buena razon.

§ VIII.

No he visto que alguno de aquellos escritores dogmáticos que concluyentemente han probado por varios capítulos la evidente credibilidad de nuestra santa fe, introduzca por uno de ellos el consentimiento de tantas naciones en la creencia de esos misterios, pero sí el consentimiento de hombres eminentísimos en santidad y sabiduría. Aquel argumento tendrá evidente instancia en la idolatría y en la secta mahometana; este no tiene respuesta ni instancia alguna; porque, si se nos opone el consentimiento de los filósofos antiguos en la idolatría, procede la objecion sobre supuesto falso; constando por testimonios irrefragables que aquellos filósofos en materia de religion no sentian con el pueblo. El más sabio de los romanos, Marco Varron, dis-

tinguió, entre los antiguos, tres géneros de teología: la natural, la civil y la poética. La primera era la que existía en la mente de los sabios, la segunda regia la religion de los pueblos, la tercera era invencion de los poetas. Y de todas tres, sola la primera tenían por verdadera los filósofos. La distincion de las dos primeras, ya Aristóteles la habia apuntado en el libro xii de los *Metafisicos*, capítulo xii, donde dice que en las opiniones comunicadas de los siglos antecedentes, en orden á los dioses, habia unas cosas verdaderas, otras falsas, pero inventadas para el uso y gobierno civil de los pueblos: *Cætera verò fabulosè ad multitudinis persuasionem*, etc. Es verdad que, aunque aquellos filósofos no sentían con el pueblo, hablaban en lo comun con el pueblo, que lo contrario era muy arriesgado; porque á quien negaba la pluralidad de dioses le tenían, como le sucedió á Sócrates, por impío; con que, en la voz del pueblo estaba todo el error, y en la mente de pocos sabios se encarcelaba lo poco ó mucho que habia de verdad.

Ménos aún se puede oponer á la moral evidencia que presta á la credibilidad de nuestros misterios el consentimiento de tantos hombres, á todas luces grandes, el decir que también entre los herejes hay y ha habido muchos sabios; porque estos padecen dos gravísimas excepciones. La primera es, que la doctrina no fué acompañada de la virtud. Entre los heresiarcas apenas hubo uno que no estuviese manchado con vicios muy patentes. Entre los que los siguieron, ni los mismos parciales reconocen alguno de santidad sobresaliente. Uno ú otro, que se quisieron meter á profetas, fueron la risa de los pueblos, al ver falsificadas sus profecias, como sucedió en nuestros tiempos á monsieur Jurieu, cuyas erradas predicciones aún hoy son oprobio de los protestantes. La segunda excepcion es, que entre esos mismos herejes doctos falta el consentimiento: *Unusquisque in viam suam declinavit*. Tan léjos van de estar unos con otros de acuerdo, que ni aún lo está alguno de ellos consigo mismo. Es materia de lástima y de risa ver en

sus propios escritos las frecuentes contradicciones de los mayores hombres que han tenido, y esto en los artículos más substanciales. Este fué el gran argumento con que azotó terriblemente á todos los herejes el insigne obispo meldense, Jacobo Benigno Bosuet, en su *Historia de las variaciones de las iglesias protestantes*. Duélome mucho de que esta maravillosa obra no esté traducida en todas las lenguas europeas; pues ni aún sé que haya salido hasta ahora de el idioma frances al latino, cuando otros libros inútiles, y aún nocivos, hallan traductores en todas las naciones.

No obstante todo lo dicho en este capítulo, concluiré señalando dos sentidos, en los cuales únicamente, y no en otro alguno, tiene verdad la máxima de que la voz de el pueblo es voz de Dios. El primero es, tomando por voz de el pueblo el unánime consentimiento de todo el pueblo de Dios; esto es, de la Iglesia universal, la cual es cierto no puede errar en las materias de fe; no por imposibilidad antecedente, que se siga á la naturaleza de las cosas, sí por la promesa que Cristo la hizo, de su continua asistencia y de la de el Espíritu Santo en ella. Dije *todo el pueblo de Dios*, porque una gran parte de la Iglesia puede errar, y de hecho erró en el gran cisma del Occidente; pues los reinos de Francia, Castilla, Aragon y Escocia tenían por legítimo papa á Clemente VII; el resto de la Cristiandad adoraba á Urbano VI; y de los dos partidos, es evidente que alguno erraba. Prueba concluyente de que dentro de la misma Cristiandad puede errar en cosas muy substanciales, no sólo algun pueblo grande, pero aún la coleccion de muchos pueblos y coronas.

El segundo sentido verdadero de aquella máxima es, tomando por voz de el pueblo la de todo el género humano. Es por lo ménos moralmente imposible que todas las naciones de el mundo convengan en algun error; y así, el consentimiento de toda la tierra en creer la existencia de Dios, se tiene entre los doctos por una de las pruebas concluyentes de este artículo.

LA POLITICA MÁS FINA.

§ I.

El centro de toda la doctrina política de Maquiavelo viene á estar colocado en aquella maldita máxima suya, de que para las medras temporales «la simulacion de la virtud aprovecha; la misma virtud estorba». De este punto sale, por líneas rectas, el veneno á toda la circunferencia de aquel dañado sistema. Todo el mundo abomina el nombre de Maquiavelo, y casi todo el mundo le sigue. Aunque, por decir la verdad, la práctica de el mundo no se tomó de la doctrina de Maquiavelo; ántes la doctrina de Maquiavelo se tomó de la práctica del mundo. Aquel depravado ingenio enseñó en sus escritos lo

mismo que él habia estudiado en los hombres. El mundo era el mismo ántes de Maquiavelo que es ahora, y se engañan mucho los que piensan que los siglos se fueron maleando así como se fueron sucediendo. La edad de oro no existió sino en la idea de los poetas; la felicidad que fingen en ella, sólo la gozaron un hombre y una mujer, Adán y Eva, y eso con tanta limitacion de tiempo, que bien léjos de llegar á un siglo, segun muchos padres, no duró un dia entero.

No hay sino revolver las historias, así sagradas como profanas, para ver que la política de los antiguos no fué mejor que la de los modernos; yo creo que fué peor. Apenas se sabía otro camino para el templo de la For-

§ II.

tuna, que el que rompía la violencia ó fabricaba el engaño. Duraban la fe y la amistad lo que duraba el interés. La religion y la justicia servían de pedestal al ídolo de la conveniencia. Ovidio y Aulo Gelio refieren, que cuando Tarquino quiso fabricar, en honor de Júpiter, el gran templo de el Capitolio, arruinó, para hacerle campo, los templos pequeños de otros muchos dioses, los cuales cedieron á Júpiter, exceptuando el dios llamado Término, que no quiso ceder; y así, se mantuvo su estatua, juntamente con la de Júpiter, en el templo capitolino:

*Terminus, ut veteres memorant, conventus in urbe
Restitit, et Magno cum Jove templa tenet.*

Esta ficcion nos descubre una verdad. El término á donde los hombres caminan es la conveniencia que pretenden; y es esta una deidad que nunca quiso ceder al mismo Júpiter; porque ya desde los tiempos antiquísimos, *ut veteres memorant*, el interes disputó preferencias á la religion.

Bien antiguo fué Polibio, y ya en su tiempo habia no uno sino muchos Maquiavelos, que enseñaban que el manejo de las cosas públicas era imposible sin dolos y alevosias: *Non desunt, qui in tam crebro usu doli mali necessarium eum esse dicant ad publicarum rerum administrationem* (1). Aun con más expresion se oye en Lucano la máxima fundamental de Maquiavelo al malvado Fotino, en la oracion que hizo al rey de Egipto Ptolomeo, para que, contra los vínculos del agradecimiento y de la palabra dada, quitase la vida al gran Pompeyo:

*Sydera terra
Ut distant, et flamma mari, sic utile recto.*

Esto es puntualmente decir que la virtud está reñida con la propia utilidad, y que es menester abandonar la justicia para negociar la conveniencia. Poco despues añade que el que se resolviere á ser piadoso y justo, se destierre voluntariamente de la córte, porque en ella solo es patrocinado el vicio.

*Exeat aula
Qui vult esse pius.*

Esta es la creencia del mundo, no sólo de algunos pocos, y lo fué en todo tiempo. Lo que estamparon en sus libros Maquiavelo, Hobbes y otros políticos infames, es lo mismo que á cada paso se oye en los corrillos: que la virtud es desatendida; que el vicio se halla sublimado; que la verdad y la justicia viven desterradas de las aulas; que la adulacion y la mentira son las dos alas con que se vuela á las alturas. Suponiendo, pues, que este sea error, debe colocarse en el catálogo de los errores comunes; y el demostrar que lo es, será el asunto de este capítulo, dando á conocer, contra la opinion del mundo, que la política más fina y más segura, aún para lograr las conveniencias de esta vida, es la que estriba en justicia y verdad.

(1) Libro xiii, *Histor.*

Confesaré, lo primero, que los que aspiran á usurpadores no pueden serlo sino por medio de maldades; porque para el término de la insolencia no hay camino por el país de la virtud. Pero ¿quién dirá que estos son políticos sutiles? Son los más ciegos y errados de todos, pues siguen una senda que está toda bañada en sangre. Poquísimos caminaron por ella, que no perdiesen ignominiosa y violentamente la vida ántes de llegar al término señalado. Apenas se ven en toda esa carrera sino hombres colgados de patibulos, troncos tendidos en cadalsos, miembros despedazados de fieras, víctimas sacrificadas á la venganza de el ofendido, en cenizas. Allá se ve, á lo último de la carrera, tal cual que llegó á la dominacion por este camino. Pero uno ú otro feliz ¿acaso contrapesa á tanto espectáculo sangriento? ¿Quién se fia á un piélago sembrado de escollos, cubierto de cadáveres y tablas, sólo porque en el espacio de muchos siglos llegaron por él al puerto deseado tres ó cuatro bajeles? Añádense á los riesgos de el naufragio los trabajos y sustos de la navegacion, pues es cierto que los que navegan por un mar proceloso, aún ántes de padecer la tormenta, llevan otra tempestad dentro del alma. Los que de particulares aspiran á soberanos, viven con afán y sobresalto perpetuo, para morir despues con ignominia; y así aquella fatiga como este riesgo se lo llevan pegados á su fortuna, aún cuando logren la empresa; porque todos los tiranos viven con susto, y rarísimo muere en su lecho. Pues ¿cómo pueden considerarse estos ni aún medianos políticos? La política, en el sentido que aquí la tomamos, es un arte de negociar la conveniencia propia. Pues ¿qué conveniencia hay en caminar por una vida trabajosa á una muerte violenta? Digo que á sujetos de tan desordenada ambicion, bien léjos de contemplarlos políticos hábiles, los debemos tener por consumados necios.

Hay, empero, entre estos, algunos, que es poco llamarlos necios; porque es razon declararlos locos rematados; y son aquellos que, aún con conocimiento de que van al precipicio, se empeñan en escalar la cumbre: genios émulos de las vanas exhalaciones, que, por brillar en la altura, consienten en ser reducidas á ceniza, y más quieren una brevísima vida en la elevacion de el aire, que larga duracion en la humildad de la tierra. Estos toman por divisa aquella empresa de Saavedra: *Dum luceam, peream*. Como resplandezca, mas que perezca. Tal fué la ambiciosa Agripina; que, cuando los caldeos la dijeron que su hijo Neron lograría el imperio, pero la habia de quitar á ella la vida, respondió animosa: *Occidat, dum imperet*: Como reine, no importa que me mate. Tal fué la inglesa Ana Bolena, que, viéndose por sus adulterios condenada á muerte, dijo con orgullo que, hiciesen lo que quisiesen con ella, no podían quitarla haber sido reina de Inglaterra; como que tenia por más dicha haber sido reina, aunque muriese en la flor de su edad con afrenta, que lograr de particular una vida larga con honra. En genios de este carácter debemos mirar con lástima, no sólo la desgracia, mas también la demencia. Y como á los que no conocen el riesgo de su ambicion, los degradamos de políticos por necios,